

EDUCACIÓN PARA CIUDADES HABITABLES

Alejandro Mendo*

El surgimiento de núcleos urbanos se asocia indiscutiblemente a estadios culturales avanzados en la historia de la humanidad. Actualmente las ciudades características de la organización humana y la modalidad predominante de ocupación territorial del planeta por nuestra especie. Más de la mitad de la población mundial radica en áreas urbanas y existen cerca de doscientas ciudades con más de un millón de habitantes. Se calcula que a mediados del próximo siglo la mayor metrópoli del mundo concentrará a más de 31 millones de personas. Por otra parte, serán los países en vías de desarrollo los que encabezen el tercer milenio con el más alto número de ciudades en crecimiento sostenido. Más de una tercera parte de las áreas urbanas latinoamericanas han sido producidas y seguirán siéndolo por amplios sectores de población empobrecida mediante una autoconstrucción informal de su vivienda y hábitat.

Enfrentar contrastantes disparidades sociales y crecientes problemas medioambientales donde se garantice un alojamiento adecuado para todos en un mundo sujeto a profundos procesos de reestructuración macroeconómica y geopolítica no es sólo un anhelo que fue contemplado en el espíritu de la II Conferencia de Naciones Unidas sobre Asentamientos Humanos "Hábitat II" (Estambul, 1996) sino un reto de escala global que reclama atención urgente de toda la sociedad, tanto de gobiernos y organismos

como ciudadanía en general. El avance en la construcción de un entorno que conlleve una mejor calidad de vida y condiciones de hábitat más justas, democráticas y sustentables exige de todos los que habitamos en ciudades la adopción de medidas concretas hacia el logro de ciudades habitables que aseguren un mínimo de impactos negativos en el delicado equilibrio ecológico de este planeta.

Parte fundamental dentro de esta lógica es el papel que le toca desempeñar a la educación como medio imprescindible en la capacitación de personas para vivir en una sociedad que —aparentemente— ha comprendido la importancia de habitar este mundo como un acto permanente de enriquecimiento de la vida. La razón de estas líneas es aportar algunos elementos de reflexión que ayuden a ampliar la conciencia de responsabilidad medioambiental que nos atañe a los humanos ante esta fase crítica de la historia del planeta en que el hombre determinará para siempre el destino ecológico de la tierra.

Los problemas fundamentales

Las grandes zonas metropolitanas comparten características comunes: concentran elevadas poblaciones que aumentan progresivamente con las grandes tendencias migratorias y por sus propias dinámicas de reproducción —oscilantes entre nuevas centralidades y antiguos polos de desarrollo, entre bajas tasas

*Profesor titular del Departamento del Hábitat y Desarrollo Urbano del ITESO.

de crecimiento y más amplias expectativas de vida—; generan modificaciones irreversibles de sus entornos naturales —evidentes en los desequilibrios medioambientales que sus desproporcionadas demandas de satisfactores producen, así como por la magnitud de sus desechos—; gestan las tendencias del pensamiento que eventualmente serán transferidas y adoptadas por el resto de comunidades mundiales —operadas ahora telemáticamente bajo la lógica de la mundialización económica y la erosión cultural de las identidades regionales.

Como resultado de los procesos globales de urbanización pueden distinguirse tanto aspectos positivos como negativos en los cambios socioculturales de los ámbitos urbanos. Entre los primeros destacan el rápido acceso a servicios básicos para un elevado número de pobladores; la oferta masiva de satisfactores primarios a bajos costos y en localizaciones económicamente ventajosas, así como la concentración o consolidación de funciones cívicas que dan lugar a expresiones de identidad local. Por el contrario, la urbe origina simultáneamente graves situaciones de injusticia social, violación de los derechos humanos universales y la difusión de modelos convivenciales y patrones de conducta discriminatorios y antisolidarios.

Son diversas las dimensiones y naturaleza de las grandes dificultades que comporta el modo urbano de vida, sin embargo, intentaremos agruparlas bajo cuatro apartados con la finalidad de analizar sus problemáticas particulares para identificar posibles ámbitos de acción. En este sentido, el primer grupo de necesidades a cubrir gira alrededor de:

Derechos fundamentales. Todos los seres humanos tienen derecho a habitar un lugar seguro y adecuado para vivir en paz y con dignidad, no obstante, es en las grandes aglomeraciones urbanas en donde se perciben situaciones de extrema precariedad habitacional agudizadas por factores colaterales como desintegración familiar, limitaciones económicas o graves riesgos de salud. Los máximos niveles de indiferencia colectiva ante

contextos degradados en extremo (desamparo o necesidad de cobijo, asistencia en situaciones de desastres, etcétera), sólo son concebibles en la esfera urbana.

Desarrollo urbano. La producción social del espacio urbano construido responde primordialmente a modelos de crecimiento económico estrechamente ligados a los procesos de privatización neoliberal y liberalización del mercado que producen la inaccesibilidad de grandes segmentos poblacionales a la oferta inmobiliaria y a los mecanismos subvencionados de promoción habitacional. Esta situación ha provocado no sólo pautas de organización territorial que acentúan desequilibrios e inestabilidades regionales sino, además, la exclusión y pauperización de amplios sectores, así como la anulación gradual de instrumentos de política social en materia de hábitat.

Construcción ciudadana. El proceso mundial de recomposición y acumulación de riquezas —expresado en la globalización de la economía y a partir de una agresiva competitividad de las corporaciones transnacionales— ha ocasionado la escisión social entre ricos y pobres a la par del surgimiento de un nuevo sector de excluidos sociales. El carácter injusto y depredador del sistema capitalista en su actual fase de consolidación mundial requiere la utilización masiva, inmediata y a distancia de los recursos y se opone al control local y racional de los mismos, lo que ha significado el sensible debilitamiento de las autodeterminaciones nacionales y regionales ante las políticas internacionales de ajuste estructural y desregulación impuestas por los países del norte a los del sur. En consecuencia, las iniciativas de gestión colectiva y construcción ciudadana de un proyecto social alternativo han visto disminuidas sus posibilidades de concreción dando lugar a estrategias gubernamentales antidemocráticas al servicio de la “economía global”.

Habitabilidad. El deterioro ambiental generalizado en el planeta es producto de la depredación y consumo irracional de los recursos naturales, así como del vertido irresponsable



Tejedoras campechanas.

de desechos y materias residuales. En resumen, hablamos de una actitud ecológicamente insustentable que ha alcanzado niveles de riesgo inminente. La gestión de desechos sólidos, alcantarillado y contaminación atmosférica son los más importantes problemas

medioambientales urbanos reconocidos a partir de un crecimiento de la conciencia ecológica de la ciudadanía. No obstante, el actual cambio de actitud de las personas debe llegar a manifestarse en una verdadera actuación de la gente a favor del entorno natural.

Líneas de acción

La factibilidad de imprimir un giro significativo en la actitud de la población para alcanzar ciudades habitables depende en buena medida de una práctica educativa —formal e informal— que incorpore entre sus prioridades la apropiación de criterios y elementos dirigidos a la transformación real de las condiciones de vida urbana. Desde esta perspectiva, ciudades habitables serán aquellas que ofrezcan a sus pobladores total igualdad de oportunidades en el acceso al suelo, infraestructura, vivienda, servicios, educación, empleo y espacios abiertos. De la misma manera, ciudades habitables serán las que armonicen su crecimiento económico y desarrollo social respecto del medio ambiente por medio de la prevención de la contaminación, respeto de la capacidad de carga de los ecosistemas y la conservación de las oportunidades para las generaciones futuras. Igualmente, serán ciudades habitables las que promuevan el respeto de los derechos fundamentales del ser humano a través de incentivar un sentido de identidad y ciudadanía pleno, la cooperación y diálogo para el bien común, y la participación cívica activa y responsable en los procesos de toma de decisiones para el desarrollo.

Para concretar las posibilidades de intervención que los procesos educativos tienen en la construcción de este horizonte futuro se describirán a continuación una serie de temas y puntos en los que se pueden aterrizar propuestas particulares de actuación de acuerdo a la naturaleza y dimensión de los principales problemas enumerados anteriormente.

Derechos fundamentales. Las personas adquieren derechos ciudadanos pero al mismo tiempo contraen la responsabilidad de respetar los derechos de los demás. El ejercicio y práctica de este principio básico puede ser estimulado desde la niñez —tanto en el aula escolar como en el seno de la familia— mediante la vivencia de situaciones conflictivas pero cotidianas y su reflexión y análisis colectivo. La consideración y respeto a los demás

podrá fomentarse desde los hábitos de puntualidad y formalidad; el saber escuchar a los otros al tiempo de hacerse oír; la indignación ante situaciones de injusticia junto con la capacidad para adquirir compromisos y responsabilidades. En la vida cotidiana estos conceptos se expresan en actitudes tan sencillas como preguntar quién es el anterior a nosotros si llegamos a una tienda en donde hay varias personas aguardando ser atendidas. Ceder el asiento de un autobús a las personas que lo necesiten o respetar la solicitud de abordaje al transporte público que hacen los pasajeros en las esquinas. Conducir con precaución los vehículos siempre cediendo el paso a los peatones. Contribuir a mantener limpios los espacios públicos evitando arrojar basura en sitios inapropiados. Los ejemplos podrían multiplicarse indefinidamente pero siempre abordarán contextos de la vida diaria ciudadana que por lo general suele causar problemas o malos entendidos entre personas que no necesitan de malos ratos.

Desarrollo urbano. Esta área de educación implica dos niveles de actuación principales: el de los profesionales de la ciudad (arquitectos, urbanistas, ingenieros, geógrafos urbanos y otros) que de manera independiente desempeñan sus labores, y el de los responsables de la administración pública en materia de desarrollo urbano. En ambos casos las posibilidades de alcanzar cambios en las conductas radicarán en la formación universitaria ha adquirir durante sus estudios formales. En este sentido, los criterios fundamentales de una educación para ciudades habitables incluirá la optimización en el uso de energías urbanas; incorporación real de nuevas tecnologías constructivas respetuosas con el medio ambiente; adopción de formas tradicionales y locales de organización espacial apropiadas a los microclimas e identidades culturales; búsqueda de la máxima autosuficiencia tanto de poblados como edificaciones mediante la reutilización de recursos; inclusión de los destinatarios de los proyectos en los procesos de diseño y construcción; apropiación de

metodologías de trabajo interdisciplinar y en equipo; difusión e intercambio de experiencias exitosas en la implantación de proyectos sostenibles; etcétera. El abanico de posibilidades en que se pueden desempeñar estos profesionales para construir ciudades habitables es muy amplio y requiere de modificaciones sustantivas en los planes de estudio universitarios que definan el perfil del egresado que necesitan nuestras urbes de cara a su sustentabilidad social y ecológica.

Construcción ciudadana. Gracias a los adversos contextos socioeconómicos que caracterizan a gran cantidad de ciudades mundiales han aparecido numerosas organizaciones vecinales y movimientos sociales que dirigen su trabajo al logro de mejores condiciones de vida. A raíz de esta situación se han consolidado un valioso cúmulo de prácticas comunitarias y populares —tanto tradicionales como emergentes— que permiten perfilar una propuesta alternativa de construcción ciudadana del hábitat basado en la estrecha vinculación entre grupos comunitarios y ecosistemas locales. Entre las posibilidades educativas que este escenario nos plantea podemos mencionar: el rescate de prácticas y experiencias locales relacionadas con modalidades ancestrales de interacción con el medio ambiente; el desarrollo de estrategias socio-territoriales que garanticen el control comunitario sobre los recursos naturales; el estímulo a nuevas formas de gestión de lo público que incorporen procesos participativos, incluyentes y democráticos como ingredientes imprescindibles del nuevo paradigma social; instrumentación de políticas administrativas, financieras y sociales que favorezcan la construcción de fuerza social, alianzas civiles y frentes amplios en el planteamiento de una distribución justa e igualitaria de los beneficios del desarrollo y bienes que la sociedad produce.

Habitabilidad. La urgencia que reclama la situación medioambiental mundial plantea actuaciones inminentes en todos los niveles.

Así, el campo de la educación cobra especial importancia en los procesos de inducción de conductas y comportamientos frente al entorno natural. Reconocer la vulnerabilidad del medio ambiente como resultado de prácticas inapropiadas puede ser un punto de arranque. Se evitará, entonces, la utilización de productos no reciclables; será indispensable organizar acciones directas de conservación y mejoramiento de áreas naturales cercanas; los compromisos de no desperdiciar recursos vitales como el agua o la electricidad deberán formar parte de rutinas escolares y domésticas; la difusión de avances en la protección mundial ecológica o la publicación de peligros y riesgos medioambientales locales constituirá una prioridad y el impulso al uso de medios masivos o limpios de transportación pública ha de ocupar un lugar jerárquico entre los objetivos educativos. Estos y muchos otros temas se derivan de este renglón pero no podríamos detallar cada uno de ellos, sin embargo, sirvan los ejemplos para motivar iniciativas particulares al alcance de cada persona.

Hacia un modelo futuro

Como corolario a este breve artículo se subraya la importancia de desatar procesos personales y colectivos —a partir de iniciativas individuales o grupales— que tengan como objetivo la construcción participada y consciente de un mundo habitable por todos y para todos. La definición de los objetivos, metas y procedimientos deberá en sí ser construida mediante un criterio incluyente y progresivo teniendo como referente a las próximas generaciones, ya que la magnitud del proyecto así lo exige. ¿Qué actitudes facilitarán esta dinámica?, ¿qué factores obstaculizarán su marcha? Para responder estos cuestionamientos recurriremos como contraste a una cosmovisión radicalmente distinta y vigente hoy en día. Nos referimos al pensamiento nativo americano, aunque igualmente se podría abordar a los pueblos autóctonos africanos o a la cultura hindú tradicional. Para los indígenas que pueblan el continente americano, la naturaleza

forma parte indisoluble del ser humano. De hecho, el cosmos es concebido espiritualmente como el lugar donde habita permanentemente el *espíritu del mundo*, por lo que todos los sitios son el centro del mundo y por tanto sagrados. El anciano Phillip Deere así resumía en 1977 las enseñanzas tradicionales de sus antecesores creek:

Toda nuestra civilización se basó en el estudio de la naturaleza. Esos fueron nuestros instructores en el principio de los tiempos. Así que organizamos nuestros gobiernos de acuerdo con el estudio de la naturaleza. Todavía estudiamos la naturaleza y observamos cómo crecen los pequeños, los animales. Ellos todavía siguen ateniéndose al gobierno que se les dio al principio del tiempo. Al principio del tiempo, todas las criaturas recibieron normas sobre la vida.¹

Esta concepción de un universo asociado íntimamente con el papel que juega el ser humano llegó a manifestarse no sólo en expresiones de indiscutible validez intemporal “En nuestra forma de vida, en nuestro gobierno, en todas las decisiones que tomamos, pensamos siempre en la séptima generación futura”.² Sino también en consejos prácticos para la vida diaria: “Plantad en los campos el magueicito, el nopalito, el arbolito; ellos darán descanso a los pequeñuelos, solían decir los antiguos. Pues tú, mozo, ¿no tienes ganas de fruta? ¿Y cómo va a haberla si no siembras tu milpa?”³

La preocupación constante por conservar y mejorar el mundo hace de esta cosmovisión indígena el más valioso y directo antecedente del concepto contemporáneo de sustentabilidad medioambiental. En efecto, las antiguas consejas no sólo incluyen a personas en su discurso sino que engloban todo lo existente:

Respetar a tu abuelito, respetar a tu abuelita; respetar a tu papacito y a tu mamacita, pero ante todo, respetar a todas las cosas y a todos los seres con los que convives.⁴

Por ello, es pertinente retomar en su medida el bagaje cultural de nuestros pueblos indígenas, producido a lo largo de milenios, puesto que resulta conceptual y filosóficamente lo más cercano al modelo de sustentabilidad medioambiental que se busca mundialmente.

Alcanzar ciudades habitables representará un esfuerzo gigantesco para varias generaciones pero acometer esta empresa es una necesidad ineludible si deseamos dar un giro decisivo al rumbo de nuestra historia. La oportunidad de acción que nos ofrece el destino es reducida en tiempo y espacio aunque nuestras iniciativas cuentan con un factor de multiplicación si aprendemos a desatar y coordinar actuaciones grupales y colectivas. Esta es, pues, una invitación modesta a incluir en nuestras prácticas educativas y cotidianas —escolares o familiares— el mayor empeño de inculcar en nuestros semejantes un sentido de responsabilidad social que les impulse a adoptar medidas para la construcción de mejores condiciones de vida para todos.

Notas

1. Citado en Bruchac, Joseph. *La sabiduría del indio americano*, José J. de Olañeta, Barcelona, 1998, p. 41.
2. *Idem*. p. 38.
3. Versión de Salvador Díaz Cíntora, *Huehuetlatolli. Libro sexto del Códice Florentino* (folios 72 r. bis y 73 r.), Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1995, pp. 28 y 29.
4. Antiguo proverbio mixteco citado por Arturo Meza Gutiérrez en *Mosaico de turquesa*, Ediciones artesanales Malinalli, Malinalco, 1994, p. 16.

Bibliografía utilizada

- II Conferencia de Naciones Unidas sobre Asentamientos Humanos “Hábitat II”, *Declaración de Estambul sobre Asentamientos Humanos*, Ministerio de Fomento, Madrid, 1997.
- Coalición Hábitat-México, *El pueblo hacia Hábitat II. Documento de posición de las organizaciones no gubernamentales y de base*, ITESO-IEM, U. de G., 1995.
- GONZÁLEZ TAMARIT, Luis-Villasante, Tomás R., *Hacia una ciudad habitable*, Miraguano, Madrid, 1982.
- BAZDRESCH PARADA, Miguel, “Reforma del Estado y educación política”, en *Renglones*, núm. 35, agosto-noviembre, 1996.